incunable

Colegios Mayores Sacerdotales de la Universidad Pontificia de Salamanca

Núm. 29. - Marzo 1951. - Redacción: San Pablo, 17. - Administración: Compañía, 3. - Apartado 116

El cine, "Un invento del diablo"

Un día Lucifer quiso hallar un medio decisivo para la perdición del mundo. Estudió, investigó, removió, sumó incentivos y placer, y por fin, viejo y listo como es, lo encontró. Debió ser un día de gran fiesta para los espíritus del mal. Sólo faltaba difundirlo entre los hombres, lo que no costó, ciertamente, mucho trabajo. Y nació la locura por este invento fascinador, que ha embotado el sentido moral de todos.

Esta parece que es para muchos buenos la historia del cine. Al menos, así lo deja entrever la postura de su apostolado ante él.

Mucho del apostolado que se ha hecho con el cine era lograr que no se fuera a él. O cuando no había otro remedio, con todas las reservas, permitir que se fuera a éste y no al otro. O cuando más, ahora, frotarnos las manos porque a alguien se le ha ocurrido hacer una película sobre la vida de un santo o con argumento provechoso. Y no es que se haya de reprobar esto. Lo lamentable es que hayamos hecho posible únicamente este apostolado.

Ciertamente, la postura podría ser excusable en parte, porque nos hemos encontrado con la realidad pavorosa de un cine que nos arrebataba las almas. Pero, sin duda, la raíz de la cuestión es más honda. Está en no haber considerado atentamente la naturaleza del cine y, sobre todo—la eterna lástima en muchas cosas—, en desconocer el pensamiento de la Iglesia o en haber tenido miedo de realizarle.

No sé si todavía a algunos les resultará nuevo saber que el Papa Pío XI, de feliz memoria, publicó una Encíclica sobre el cine, la "Vigilanti Cura". Y esto en 1936, hace quince años (1). Casi se podría decir que no nos hemos dado cuenta. Por eso quisiera, a su luz, hacer unas breves reflexiones.

1.° Antes de nada, importa hacer recordar que el cine es una creatura de Dios—no del diablo—, y como tal, buena. "Verdadero don de Dios", dice Pío XI. Esto, unido al hecho de su posesión total por parte de los "malos", bastaría para hacernos luchar con todas nuestras fuerzas para su purificación.

2.° Pero hay más. El cine es un medio de cultura y "un poderoso medio de difusión de las ideas" (2). Sería casi perder el tiempo demorarse en demostrar esto. Pero sí hay que hacer notar—pues es lo que se olvida con más frecuencia—que no no es sólo para las malas, sino para las buenas. Dice el Papa: "En cambio, las buenas representaciones pueden ejercer una influencia profundamente moralizadora sobre aquellos que las ven. Además de recrear, pueden suscitar nobles ideales de vida, difundir preciosas nociones, aumentar los conocimientos de la Historia y de las bellezas del país propio o ajeno, presentar la verdad y la virtud bajo una forma atrayente, crear o, por lo menos, favorecer una comprensión entre las naciones y las clases sociales y las razas, promover la causa de la justicia, excitar a la virtud y contribuir con ayuda positiva al mejoramiento moral y social del mundo." Son bastante explícitas las palabras del Pontífice, pero no me resisto a copiar otras líneas más definitivas: "¿Por qué nos hemos de ocupar tan sólo de evitar el mal? Las películas no deben ser una simple diversión, sino que pueden, y **deben** (subrayo), con su magnífica fuerza iluminar y encaminar a los espectadores al bien." Podríamos añadir a esto el mandato divino: "Praedica verbum, insta opportune, importune...", y tendríamos:

3.° La clarísima conclusión (¿extraña, avanzada?) que lanza casi angustiosamente el Papa: "Es, por tanto, una de las necesidades supremas de nuestro tiempo vigilar y trabajar con todo esfuerzo para que el cinematógrafo no siga siendo escuela de corrupción, sino que se transforme en un precioso instrumento de educación y elevación de la Humanidad." Esta misma necesidad está señalada en las palabras de nuestro Pío XII cuando era aún Secretario de Estado: "Por otra parte, se impone con más urgencia aún (que la acción defensiva) la necesidad de una acción positiva y concorde, a fin de hacer del cine un instrumento de educación sana... Para los católicos de todos los países debe, por tanto, constituir un deber de conciencia el ocuparse de esta cuestión, que cobra siempre mayor importancia" (3). Es decir, aunque los "malos" no hubieran explotado el cine, tendríamos que explotarle los "buenos".

4.° Basta deducir ahora—por nuestra cuenta—una a modo de "conclusión **teologice certa**". Si todo sacerdote debe estar a la cabeza de los movimientos apostólicos, también aquí debe ser el orientador, el animador, el consiliario. Me atrevería a decir que es necesario que creemos el "apostolado del cine", lo mismo que hemos creado el apostolado de la prensa. Y esto, como sea. O mejor dicho, como indican los Pontífices: acción defensiva, acción positiva, acción de apoyo, que es lo mismo que colaboración. Ciertamente, como en todo apostolado, tiene que haber vanguardia y retaguardia; pero nadie puede eximirse ni disculparse.

No tengamos, pues, miedo al cine. Si aun dudamos, escuchemos todavía unas palabras de Pío XI: "No dejaremos nunca de alabar a aquellos que se han dedicado o se dedicarán al nobilísimo intento de elevar la cinematografía a los fines de la educación y a las exigencias de la conciencia cristiana." Es como si nos quisiera guardar las espaldas.

Creo que no seremos ya tan ingenuos como para considerar el cine como invento del demonio o para escribir un libro—así lo hizo un francés—con el título de "Cinema du diable".

Servando MONTAÑA

(1) La Encíclica está publicada en el A. A. S. del año 1936. En español no conozco otra traducción que la publicada como apéndice al libro de Díez, Vilariño y Pereyra "El cine y los católicos". Edit. Aldecoa. Madrid, 1941.

(2) Palabras de Pío XII, siendo Cardenal Pacelli, en una carta al canónigo Brohée, Presidente del O. C. I. C., en 1934. La traducción de la carta se encuentra también en un apéndice del libro antes citado.

(3) En la carta citada.

Sí, es cierto que esta escena de una película americana refleja tan sólo un episodio más de su argumento. Pero somos nosotros los que queremos traerla aquí, a la primera plana de un número sobre cine, porque nos parece enormemente expresiva.

¡Qué bien ese sacerdote mirando hacia el cielo en actitud de tensa, emocionada y confiadísima súplica! ¡Qué bien esa cabeza de chaval reclinada sobre el pecho del sacerdote, pudiendo oír los latidos apresurados de su corazón! ¡Qué bien ese gesto de angustia y desamparo del niño abrazándose al sacerdote! ¡Qué bien ese fondo de rejas, temibles y desesperanzadoras rejas, que esperan al niño para inutilizarle para siempre!

Sí, todo muy bien. Enormemente expresivo. Es difícil explicar de manera más gráfica e impresionante uno de los aspectos más seductores de la vida del sacerdote. Pero parémonos a reflexionar un poco lo que esto significa.

Porque significa, en primer lugar, que existe hace muchos años un medio de expresión que con fuerza terrible puede actuar sobre el público. Y ese público puede ser, y de hecho es las más de las veces, un niño indefenso, como el de la foto, o una persona a quien sus escasas letras o rudimentaria formación asimilan al niño. Y es terrible pensar que ese sacerdote, por necios prejuicios, por amor a la comodidad, por evitar peligros que su propia vocación le pide que arrostre, arroje de sí al muchacho y lo deje caer bajo las rejas de la crisis de fe o de la corrupción de las costumbres.

Contemplemos serenamente la escena. Son muchos los que, acosados por un cine paganizado, sensual, escéptico y decadente, vienen, como ese niño, a pedir que les ayudemos. Y no es razón seguir haciendo oídos de mercader a su clamor, que más de una vez nos ha llegado por el sagrado y potentísimo altavoz de los Romanos Pontífices.

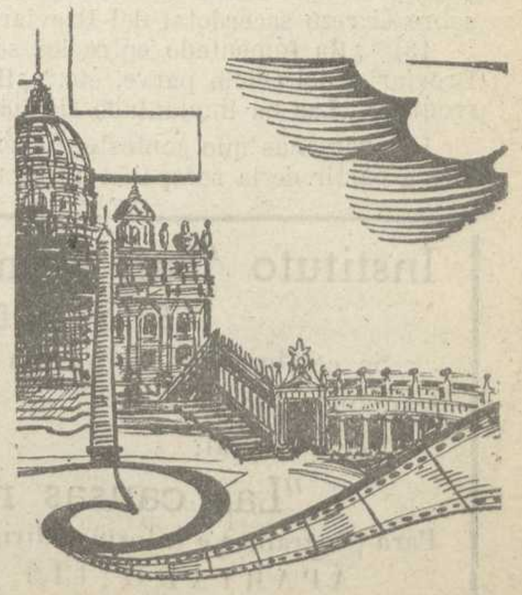
Pero esa escena significa más. Sí, nos emociona contemplarla. Sí, estamos ciertos de que miles y miles de personas que jamás leerían un folleto sobre el sacerdocio la presenciarán con interés y acaso con lágrimas. Nos está diciendo que hay un campo inmenso por cultivar. No sólo la defensa, ciertamente necesaria, sino también la ofensiva. Hay que poblar de imágenes así, vivas, humanas, emotivas, técnicamente perfectas, las pantallas de los cines. Meter por los ojos a esas amorfas muchedumbres que llenan los cines esas verdades que nosotros vivimos, que amamos apasionadamente, por las que daríamos nuestra sangre..., pero que ellas nunca escucharán si nos limitamos a proclamarlas desde los púlpitos.

Este número de INCUNABLE no quiere ser solución al tremendo problema que el cine plantea. Sólo aspira a ser un fuerte aldabonazo en la conciencia de todos, porque también la solución ha de venir necesariamente DE TODOS.

INCUNABLE

En el próximo número

Accediendo amable y prontamente a la petición que le ha hecho la Dirección de INCUNABLE, José María Pemán ha enviado, para su publicación en el número de abril, que se dedicará a "la vida contemplativa", el prólogo de su libro, aun inédito, "Lo que María guardaba en su corazón"



Universidad Pontificia de Salamanca